

Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.

— No intente,

Señor galan, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.

— ¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezele,
Porque quien vertió la una,
A verter otra se atreve.

— ¡Ea, mancebo, ya basta!
; Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

— Norabuena,

Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.

— Pues á él, ministros, prendedle,
— Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo Don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reverses.

En vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
Él tira siempre de frente,
Y en dos minutos despeja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse;
Quien huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quien oye estúpido y mira,
Quien bravea sin moverse,
Desde la calle entre tanto,
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Ordenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse,
Se desgañitan de miedo.
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar jinetes,
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse,
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro Don Juan,
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pié de terreno pierde.
Da, cia, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiera,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete
Cayó Don Lope y los otros
Que por él lidian al verle
Doblaron contra Don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él que ve su venganza
Cumplida, y abajo sienta
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,

Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entónces Don Juan, que nunca
Su peligro desatiende
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque Don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle excusada,
Para su posada fuése.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.
Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ellos que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de Don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:

Condenóse allí á D. Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.
Con que *se salva quien corre,*
Y acierta quien se defiende;
Y esta visto, *la fortuna*
Sólo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al espirar el día
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedía,
Y de la tierra que á lo léjos via
Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de pérdida espuma.

Y áun se podían distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,

Cuando en cóncavo són tronó imprevisto
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente,
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar ríela.
Se la mira bogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va, país de los placeres,
Encantado verjel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va Don Juan, ¿ á dónde iria
El osado y amante pendenciero?

¿ A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí, porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora,
Altares levantando á la belleza.

A Italia va Don Juan. ¡ Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atras queda y burlada la justicia,
Atras los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia,
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿ quienes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos;

Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va Don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda;
Sólo volver á España le acomoda

Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

• Mientras es jóven, dice, mientras lleve

» Deseo el corazon y oro el bolsillo,

» Lanzarse el hombre á los deleites debe

» Del sol de su fortuna al falso brillo.

• El placer es mi Dios; mi alma desea

» Para sólo gozar larga la vida;

» Cuando sin oro y sin placer la vea,

» Como una inútil prenda envejecida,

• Con estoica calma indiferente

» Despojaréme de ella, convencido

» De que al qué un aura de placer no alienta,

» Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es Don Juan, y tal el pensamiento

Que á la risueña Italia le conduce;

Reñir, amar, beber, hé aquí su intento;

Gozar sólo es vivir, de ello deduce.

A Italia va Don Juan; ¿y adonde iria

En verdad el amante pendenciero?

¿A prolongar su interminable orgía

Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia Don Juan, lector querido,

Y aquí cierra su historia su cronista,

Que seguirle basta Italia no ha podido;

Lo cual bien sabe Dios que me contrasta.

Porque no es conclusion para una historia

Acabar en un viaje.

La vida y la memoria

De su más importante personaje.

Decir que llegó á Italia, como dice,

Sin añadir más dél, es un exceso

De historiador sin seso;

Porque si al ménos naufragar le hiciera,

Bien la historia en naufragio concluyera.

Pero sólo nos dijo

A Italia fué, de donde yo colijo

Que fué este historiador un calavera.

Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,

Y á darte gusto aspiro,

Tras el fin de Don Juan un año anduve,

Crónicas y memorias resgistrando,

Manuscritos y sabios consultando,

Mas nada de Don Juan á manos hube.

Hasta que al fin, pasando por fortuna,

Y há poco, por Palencia,

Topé con la ocasion más oportuna.

Un clérigo muy viejo,

En cuya casa por mi buen consejo

Me hospedé aquella noche,

Me contó como cosa verdadera,

Y por los ojos de su abuela vista

Una historia, que á fe que si no era

De Don Juan de Alarcon, servir pudiera

Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,

Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,

Y aunque de su verdad no desconfío,

A Dios plazca, ¡oh lector! que como el mio

Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado

Del bravo Don Juan la ausencia,

Y su memoria en Palencia
Con ellos se había borrado.
Mientras él fuera de España
Vivió, habiéndose vendido
Sus bienes, que habían venido
A manos de gente extraña.
Y en fin, el mozo expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo,
La hacienda que había heredado.
Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra había,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.
Puessin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes,
Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.
Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
Nadie se volvió á meter
En más averiguaciones,
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
De ellos quedó en conclusion,
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la casa de Alarcon.
Cuatro paredones, esto

Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias extrañas.
Tal es la vida, lector;
Quien mete en ella mas ruido,
Cae más pronto en el olvido.
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio Enero, venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.
Traia el ceño fruncido,
A traves del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
Todo el resto de su traje
Igualmente convenio
A hombre que más no tenia
O á un hombre que va de viaje.
Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera

Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay oíerto aire de grandeza,
Que inspira cierta franqueza,
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda ;
Pero si pasa y saluda,
Vuélvese uno á contemplarle ;

Y siéntese que se aleje

Al ver tanta gallardía,

A par que causa alegría

Que franco el paso no deje.

Y en fin, el viajero es tal,

Que á todos cuantos le ven

De léjos parece bien,

Pero muy de cerca mal.

Él, en tanto, sin curar

De quién pasa por su lado,

Iba con pié acelerado

Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida

Tomó una senda que á un valle

Por las viñas se abre calle

De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado

Que está con hierba y ramaje,

No parece aquel paraje,

En verdad, muy transitado,

Él sigue siempre constante,

Como quien sabe el destino

A que conduce el camino

Que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos

Y el enredado zarzal,

Con el pié ó con el puñal

Apartando los tropiezos,

Y llegó al fin de la cuesta

Do se veía en la hondonada

Una casilla olvidada,

Ya ruinosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo

Musgo y de hierba silvestre,

Rodeaba esta campestre

Casa un corto huertecillo.

Ya en él no había señales

De manos de jardinero,

Y el plantío y el sendero

Eran sin cultivo iguales.

Sólo en su centro se vía,

Sobre un monumento alzada,

De piedra una cruz labrada,

Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,

Y ya por respeto fuese,

Ya por temor que sintiese,

Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos

Permaneciendo un instante,

Aunque sereno el semblante,

Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,

Al cabo del cual alzándose

Con el sepulcro encarándose,

Dijo así con triste acento :

• Padre, al morir me dijisteis :

• Si algun dia tus locuras

• O imprevistas desventuras

• Te roban cuanto te doy,

• Vén á mi tumba escondida,

- *Que en mi sepulcro, al postrarte*
- *Mi sombra saldrá á ayudarte...*
- Cumplióse así, y aquí estoy.
- Rompe, pues, sombra adorada,
- Esa piedra que te esconde,
- Y á mis suspiros responde
- Momentánea aparicion;
- Dime, sí, que desde el cielo
- Do mi padre habita ahora,
- No me lanza aterradora
- Su terrible maldicion. •

Calló aquí un punto, y besando

La lápida, con tristeza

Inclinando la cabeza,

Dijo alejándose ya :

- ¡Quimeras!... nunca los muertos
- Salen de la madre tierra
- Que avara en su vientre encierra
- El polvo que sér nos da. •

Entró así hablando el viajero

En la casa abandonada,

Roida y desmantelada

Por el tiempo destructor,

Y no halló cosa en su centro

De que echar mano pudiera

Ni aún para hacer una hoguera

Y procurarse calor.

Los insectos y las aves

La ocupaban solamente,

Y en los aires, de repente,

Se lanzaron en tropel

Al sentir bajo su techo

Rechinar la antigua puerta,

Que al entrar por ella abierta

Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono:
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no más:
Y, do quier que los tendia,
Sólo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamas.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenía ya enmohecidos
Los aposentos do quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apenas mantenian;
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclinava
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece

Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto,
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.
Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazón.
A veces se cree que llora,
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.
En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la lecura
Dentro su cerebro va.
Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salón oscuro
Cuyo fondo daba entrada

A otra fábrica apartada
Que no había visto hasta aquí.
Daba de la casa á un ángulo
En que estriba, un aposento
Que parece en su cimiento
Más seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.
Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algún resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.
Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo ménos ruinosas,
Y al parecer en secreto
Preparada á algún objeto
Difícil de adivinar.
No había de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Más meuble ni más adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solución.
Abrióla aquel hombre, acaso

Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algún secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas sólo halló un pergamino
Escrito, y decía así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECESTE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTTE MEJOR.
Quedóse Don Juan atónito,
Ni era otro el que leía,
Sino su padre Don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebató febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él más que juegos,
Pendientes y desafíos,
Disolutos amorios,
Y crímenes por do quier.

Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida mujer.

Asesinado el amigo
Allá en la sombra
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad
Allá la livida sombra
Del desdichado Aguilera
Salía rabiosa y fiera
De la oscura eternidad

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier,
Veniansese acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impia sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algún crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado
La sangre hirviénd en sus venas,
Le deja intervalo apenas
En qué poder respirar;
Y ¡miseró Don Juan!
Adonde quiera que mira
Ve un espectro que con ira

Viene su alma á demandar:
¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de Don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: « Esto es hecho,
Y asíó con ira el cordel.

Hízole un lazó á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo Don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entónces, segundo Júdas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.

- Teneis razon, padre mio,
- Ya otra cosa no me resta;
- Para una vida como esta
- Mucho mejor es morir.
- ¡Teneis razon! Gran regalo
- Me dejais, y le merezco;
- Ea, pues, ya os obedezco.
- ¡Abra Dios mi porvenir!

Tras cuyas impías palabras,
Con los piés la arca empujando.

Quedó el mísero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuanto al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detras.
« ¡Malditos maderos viejos!
Exclamó Don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: « Un árbol valdrá más. »

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cual fué su asombro
Cuando pegado á un escombros
Otro pergamiño vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito
Esto que Don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS,
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,

En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó.

Me juró, como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo.
;O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbrá.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados